

RUEGO A LA POESIA. UNAS PALABRAS SOBRE LUZ MACHADO

Teresa Coraspe

La geografía de esta tierra lleva el germen de la creación en sus entrañas. Una digna representante, es Luz Machado, poeta guayanesa, poeta de Caracas, poetisa del mundo, firme a la posteridad. Comenzó su vida literaria con el libro *Ronda*, publicado en el año 1941. A partir de este texto, fue afianzándose su labor creadora como crítica, ensayista, articulista, diplomática y una extensa y profunda obra poética que le permitió obtener el Premio Nacional de Literatura 1985-86.

No son los premios ni los reconocimientos los que definen a un poeta, a un escritor, al artista; pero sí, su trayectoria, su fuego, su pasión: la vida para el arte; la vida fusionándose, latiendo, viviendo y sufriendo para el resplandor cósmico de la poesía, y aquí está definida Luz Machado: ha vivido, vive, aprehende la magia de la palabra en sus poemas; textos que nos tocan directamente, en la quietud y la intranquilidad; en el sosiego y el desasosiego; vibración latente en *La casa por dentro*, donde Luz, joven, fundadora del hogar, el suyo, revoletea en un incansable ir y venir con la palabra a punto de estallar, y los afanes cotidianos de una casa. Leamos:

LA ESCOBA

Estás aquí, prudente señora de la casa,
severa, áspera, simple, oh, mujer primitiva.
Vengo a ti, diariamente,
a tu peinado reino,
a tu falda implacable de raíces,
para arrastrar con ella el tiempo y su delirio,
la estación y los sueños,
y dejar limpio el rostro del patio y de la casa
para mirar el cielo
y para la esperanza.
Dócilmente repasas un día y otro día
la intimidad. Y callas.

O este conmovedor *Ruego a la poesía*, como ella denomina a este poema que es un canto y me parece importante compartir:

RUEGO A LA POESIA

UN DIA te dije: ya no vengas.
Entre agujas y escobas voy y vengo en la sal del día
como cáscara alzada en el oleaje.

No podía recibir tu cabeza pensativa,
tu suave cabellera constelada,

tus pasos fraternales
y tus manos, tus manos,
en las que el mundo parecía detenerse para las ofrendas.
Yo te sentí, sin embargo,
ir y venir conmigo sobre mis hombros
como un pájaro, pegada a mi espalda, inseparable
como mi propia sombra,
plegada en un rincón
mientras alzaba el alma de los floreros
con un ramo
y descubría palabras a los hijos.
En algún sitio hallaba tu sombrero de fragancia,
tus guantes para recordar los lirios
y tu nombre, para dormir con él
sobre mis sueños.

Mas, ahora estás triste. O estoy ciega.
Porque apenas te veo para esperarme
a la puerta del crepúsculo,
y el camino es tan largo
que ya no creo alcanzarte
para sentarme junto a ti y hablar contigo,
bajo la última estrella,
hablar de lo que es mío y es tuyo y nos importa
porque yo te conozco y me conoces,
oh, mi pequeña lámpara gemela, poesía,
ante quien solamente me arrodillo,
pecadora.

La casa por dentro contiene poemas con fechas distantes: 1946-1965. En ellos se van perfilando los cambios, las transformaciones de un ser humano sensible y rebelde. La casa, en primer plano y todo lo que la sostiene: el amor y las ausencias; la metamorfosis de la adolescencia a la edad adulta. Inclusive el doloroso tránsito de la *casa*, al apartamento que en forma magistral canta Luz Machado y que lleva este nombre: *Apartamento*, vamos a oírlo:

EL APARTAMENTO

EL CUADRO que cuelgo de esta pared
en verdad está sostenido en la pared del vecino.
Cuando veo tan quietas las mesas,
con flores o libros o teléfonos o radios y t.v.
pienso que deben pesar
en la cabeza de la familia
del apartamento de abajo.
Porque su techo es mi piso
Y cuando paso la escoba, la mopa,
o restriego el cepillo de la aspiradora sobre
las alfombras
o sobo las baldosas
con la pulidora
maquillando su rostro de impertérrita lisura
opaca,
imagino que el bello peinado de mi vecina inferior
se alborota,
se convierte en una cabeza de medusa,
que no alcanzan a tranquilizar mis afanes
sus tentáculos, desesperados
bajo el peso de toda mi casa, encima.
¡Qué modo de vengarse cada quien
de su prójimo,
viviendo y muriendo y haciendo
cuanto place y obliga
encima de los otros, impunemente,
candorosamente, sin premeditación
ni alevosía.
Ni las enredaderas son tan perversas
Ni los altos árboles ni las montañas
ni el volcán
ni las lluvias
ni las olas sobre las playas

La casa por dentro es como una huella que nos recorre e identifica; es poesía, en una palabra, porque la poesía tiene una identificación: ES O NO ES.

Con el poemario *Vaso de resplandor*, obtiene Luz, el Premio Municipal de Poesía, Caracas, 1946, y en 1950 publica *La espiga amarga*, Edit. Avila Gráfica. En el pórtico del libro podemos leer estos versos:

Este es el texto de una ciudad que aprendió
a andar a oscuras, cuando el agua y la tierra
levantaron sus sombras delante de las lámparas.

Es un libro de profunda tristeza y reflexión ante la muerte y la soledad; nostálgico como las despedidas de la tarde; hendidura de la penumbra hacia la oscuridad, y siempre el eterno y reiterado dialogar con la palabra poética que fluye natural y diáfana en la escritura de nuestra poeta:

Un fragmento de *La Espiga Amarga: (Carta a la Poesía)*

“... Yo te pediría, te pido que vengas como eterno amante,
ahora que me siento tan desnuda por dentro
como si no tuviera vísceras ni sangre,
como si fuera una piel de cordero embalsamada
con el puro recuerdo de las praderas;
Yo te llamo, igual que un gajo salvado de la tormenta
convocando la savia estremecida...”

Del largo recorrido de Luz Machado por las letras venezolanas, nos encontramos con otro libro: *La ciudad instantánea*, dedicado a Caracas, (Imprenta Universitaria, 1969). Un buen título para el tema: la ciudad creciendo, renovándose; la ciudad nueva *sobre* la vieja ciudad; lo imperdurable sobre lo que debería perdurar. Es el amor de la autora, de los poetas por las cosas arrecostadas a nuestro lado... los interminables recorri-

dos de la mirada y la memoria estrechamente ligados a una ciudad que se quiebra y se pierde a paso apresurado, desfigura su fisonomía para mostrarnos una máscara de concreto:

Y es la inconfundible voz de Luz quien nos habla:

De pronto la Ciudad
recobra la memoria
en las banderas.
En el pórtico de las iglesias
la Ciudad cuenta su rosario de siglos.
Frente a los monumentos
ciñe una ajorca de flores al tobillo.
En los ojos de los hombres
el alma de la Ciudad
se mira.

Y este otro poema:

A veces la tradición
grita sobre los escombros
como una mujer enloquecida
que pregunta
por sus perdidas joyas.

A sol y a sombra, es la última publicación de Luz Machado, Colección Medio Siglo, de la Contraloría General de la República, 1992, con prólogo de José Ramón Medina donde reseña datos biográficos de la escritora, su trabajo poético, los premios obtenidos; para al final acentuar que *A sol y a sombra* “es un encuentro con una obra lírica vibrante, recia y actual; pero aún más que eso: es la confirmación globalizadora de un quehacer poético en el tiempo venezolano de este tiempo y la presencia singular de una mujer que adelantó sus pasos en la lírica comprometida de aquellos años iluminados de la década de los cuarenta”. (JRM, 1990).

En *A sol y a sombra*, Luz Machado logra lo máximo de madurez en el lenguaje: depurado, sobrio, sin artificios. La imagen poética hace una simbiosis con la forma al ritmo de los versos, oigamos:

(fragmentos)

“... A las puertas del templo
ya no se agita el ser como el Verbo
al principio.

Y se desgajan los Cristos
como los lomos de los libros más antiguos
de la fe.

.....

Una sola palabra puede
crear jardines espléndidos
o cataclismos últimos.
Y es sólo el sueño lo que nos acerca
igualándonos.

Me gustan los almanaques,
los relojes
y paso y me miro frente a los espejos
porque creo
que no debemos olvidar el tiempo.

y este poema que tiene todo el aroma de nuestra ciudad:

Este viento que viene a mediodía
sopla sus brujerías, inventa asuntos
a un lado,
a mis espaldas.
Y es *barinés* de nombre y figura
y me obliga a escribir.
Y yo recuerdo mi niñez de pie
en el zócalo

de piedra, arena, oleaje,
que es pedestal de mi ciudad ardiente
para su río de estatua y monumento.

De A sol y a sombra, 1977

Ha cantado una mujer con la voz altísima de la poesía: Luz Machado, guayanesa; sus pasos aún resuenan por las empinadas calles; por las piedras heridas de sol; aún el viento del ayer respira el latir de sus cabellos sobre las aguas del río. Este río tendido sobre la ciudad, donde se encienden lámparas bajo sus aguas. Luz sintió como mujer y poeta, el acto simbólico de las aguas, de ahí su *Canto al Orinoco*, inmortal como su creadora.